



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

12 de abril de 1890



Núm. 128

BIENESTAR
MUNICIPAL

LOS NIÑOS DE LA INDIA

MADRID



EN UNA ESCUELA
MUSULMANA

UN RATO DE CHARLA

BIEN por nuestro Menéndez Pelayo! Ese es de los buenos. ¿Quién no le admira, aun sin haberle leído? Y ¿quién que le haya leído no se siente orgulloso de contar España con tal gloria? Gloria legítima, acrisolada; no como otras glorias de encargo ó porque sí.

Su última muestra de valer ha sido el discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid sobre Alejandro Manzoni. El autor de *Los Novios* es bastante conocido en España para que el tema resultara de interés; pero aunque así no hubiese sido, aunque se le hubiese antojado á Menéndez Pelayo hablar de *Oelenschläger*, pongo por ejemplo, á quien conocen poquitos, es seguro que su discurso hubiera sido tan instructivo, tan brillante, como la oración pronunciada sobre el magnífico poeta milanés.

Por un verdadero prodigio se ha adelantado el joven catedrático de la Universidad Central un siglo cuando menos á sus contemporáneos, y eso que á juicio de muchos es un *retrógrado*; porque es indudable, en efecto, que, una vez las corrientes intelectuales y los sentimientos españoles se hayan encauzado en la dirección que van tomando en la Europa culta, ese idealismo cristiano que caracteriza á Menéndez Pelayo será el que acabe por predominar, reputándose *cursi*, enranciado, trasnochado y tonto lo que hoy está en predicamento, esos resabios del siglo XVIII francés, que ya empiezan á ser mal olientes aun en la misma Francia, á lo menos para la juventud actual.


Pero, volviendo á nuestro admirable orador, resulta que no es tan solamente un sabio de primera magnitud (ún fenómeno de saber), sino también un pensador, un artista, un crítico, no diré incomparable porque ahí está *Clarín*, pero sí *primus inter pares*. Recuerdo que D. Juan Valera (ese extraño escritor que mezcla con los más gallardos giros castellanos las más espantables incorrecciones, y que, como actualmente M. Renan, parece aspirar tan sólo al dictado de *guasón sublime*), dijo una vez que en Menéndez Pelayo veía sobre todo á un gran poeta. No diré yo que no (¡quíá!), no diré que el autor de *Estudios poéticos* no sea mucho mejor poeta que otros vates que han alcanzado gran renombre; pero no es sólo Menéndez Pelayo, con serlo evidentemente, un poeta insigne, sino un crítico tan asombrosamente sagaz, tan enérgicamente juicioso, tan penetrante mente agudo, que ha revolucionado (perdóneseme este atroz vocablo) la historia de nuestra literatura y ha trastornado por completo el escalafón de las lumbreras de nuestro pasado intelectual. Hora era ya de acabar con las idolatrias tradicionales y de poner á cada autor en su verdadero punto.

Ser un erudito no es cosa del otro mundo, ni tampoco hay para qué lanzar exclamaciones de asombro ante un memorión. Lo digno de maravilla es que un erudito como Menéndez Pelayo sea un innovador tan osado, un escritor de tan brillante estilo, un poeta de tanto sentimiento y tanto gusto y un orador tan elocuente. Esta acumulación de prodigiosas cualidades es propia solamente de los genios, y por eso, á pesar de lo ramplón del paralelo, paréceme Menéndez Pelayo de igual pasta que Rafael, Lope ó Mozart, gloria del mundo.

Ese discurso consuela de las puerilidades del Sr. Bosch y Fustigueras en su discurso de recepción en la Academia de Ciencias (la de Madrid) y de la contestación del Sr. Echegaray, cuyas peroraciones ganarian mucho extrayendo de ellas la raíz cúbica, ya que tiene el prurito de elevar siempre á la tercera potencia sus lucubraciones oratorias.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



PLATOS Y TENEDORES

UNA noche he visto representar la Pasión. En el acto de la *Cena* el Maestro y los Apóstoles se sentaron á la mesa, y, provistos de cuchillo y tenedor, apuraron tranquilamente el pan, bizcocho ó lo que fuere que tenían en el plato. Anacronismo indisculpable bajo todos conceptos, pues que en los tiempos de la Pasión del Señor eran completamente desconocidos los platos y tenedores, de cuyos objetos no puede decirse, como de otros muchos, que su uso se remonta á la antigüedad.

Los platos eran poco menos que desconocidos en el siglo xv. Cuanto á los tenedores, empezaron á usarse en 1600, habiéndose extendido su uso en pleno siglo xviii. Durante la edad media el tenedor de dos puntas era considerado como exclusivo objeto de lujo: de ahí que fuesen contadas las familias que se permitiesen valerse de él. Carlos V poseía nueve; Felipe II se contentó con dos; pudiendo deducirse de este dato cómo comerían el resto de los comensales que se sentaban en las mesas de ambos monarcas.

Señores y pecheros acostumbraban lavarse las manos antes de comer, haciéndolo con vino si alguna vez les faltaba el agua. Los platos no se servían como hoy por separado, sino que se reunían todos en uno solo, á cuya mezcla se le daba el nombre de *manjar*. Los manjares sólidos se servían en grandes rabanadas de pan que hacían las veces de plato y eran al final de la comida apuradas por el comensal según fuese su apetito; y los líquidos en pequeñas escudillas cuando no con cucharas, en cuyo caso todos los comensales comían desde la misma fuente.

Reyes y príncipes, burgueses y magnates, pobres y ricos, metían la mano en el plato y comían con los dedos, siendo costumbre, entre las personas de regular educación, servirse sólo de tres, dando además á la mano un aire gracioso y elegante. Dos ó tres cuchillos eran suficientes para el servicio de la mesa mejor provista, ya que cada comensal se servía del de su vecino, y se corría de uno á otro como los anillos en el juego de la sortija. Al comienzo del presente siglo todavía se observaba en algunas provincias la costumbre de aderezar la ensalada revolviéndola con ambas manos; honorífica tarea que se encomendaba siempre á la dama más bella que asistía al convite, la cual desplegaba toda su gracia y donosura en el cumplimiento de su delicado cometido.

Estos detalles justifican el especial cuidado que ponían todos los individuos en lavarse las manos antes de las horas de la comida. En Oriente se usa todavía el tenedor que usaba nuestro padre Adán. En Francia fué Luis XIV el último rey que lo usó: sus sucesores se sirvieron ya del tenedor.

Era asimismo costumbre muy extendida en la antigüedad el que, antes de comer, el dueño de la casa tocase los manjares con la lengua de una serpiente, el cuerno de un unicornio ó una ágata, para asegurar de esta suerte á sus comensales de que no estaban envenenados.

En todo banquete, el principal cuidado de los asistentes era no mancharse las manos. Al efecto, á falta de tenedores, se cambiaban las servilletas, humedeciéndose los dedos con el agua de las copas cada vez que se cambiaba el servicio.

Los vasos no eran más conocidos que los platos, cuchillos y tenedores. Las garrafas y botellas hicieron su aparición en las mesas en 1760. Hasta entonces sólo se las veía en los *bufets* ó las alacenas, á donde acudían nuestros antepasados para llenar sus copas ó vasos, que galantemente se ofrecían unos á otros, dedicándose antes cumplidas saluciones; de cuya costumbre dimana el origen de los brindis, siendo además detalle de extrema cortesía beber un número de copas de agua, ó lo que fuere, iguales al número de letras de que se componía el nombre de la persona á quien se ofrecía, de suerte que el que no tenía mucha sed, y le tocaba ofrecer la copa á una *Purificación* ó á un *Maximiliano*, con razón podía decir que se le aguaba la fiesta.

BENJAMÍN



LAS GOLONDRINAS

Como las golondrinas
que parten lejos,
los años juveniles
vuelan ligeros;
pero sucede
que ellas al fin regresan
y ellos no vuelven!

SANMARTÍN Y AGUIRRE

BENDITAS sean.

Ellas, las alegres mensajeras de la Primavera y de las flores.
Ellas, las tiernas amigas del hogar y de la familia.
Ellas, las dulces cantoras de la juventud y del amor.



Choza Indígena

¿Quién no las ama?

Los poetas les dedican sus inspiradas estrofas.

Los artistas se complacen pintándolas en sus cuadros.

Con razón.

Porque no se concibe un paisaje con un cielo alegre sin un grupo de golondrinas.

Como que ellas son en realidad las que lo animan con el caprichoso vuelo de sus elegantes alas.

De aquí la predilección que por ellas tienen los amantes de la Naturaleza.

Bécquer dedicó á las golondrinas sus más inspiradas rimas.

Michelet les ha consagrado las más bellas páginas de uno de sus mejores libros.

Aparici, el pintor de las flores y de los pájaros, uno de sus lienzos.

Me lo explico, porque las golondrinas son las aves más poéticas de la creación.

Existen otras más hermosas y de más vistosos plumajes, pero no tan poéticas.

La religión cristiana las ha sublimado.

Santa Teresa se complacía con sus cantos.

San Francisco las llamaba sus hermanas.

San Agustín, según un orador sagrado, las flores del cielo.

Dice una tradición oriental que el día de la Redención las golondrinas arrancaron con sus picos las espinas de la corona que oprimía las sienes del divino Jesús.

La poesía popular, crédula y sencilla, ha resumido la tradición en los siguientes versos:

En el monte Calvario,
las golondrinas,
le arrancaron á Cristo
dos mil espinas.



Niños persis

Otra tradición cristiana, que se ha conservado hasta nuestro tiempo, asegura que estas delicadas aves ayunan el día de Viernes Santo en conmemoración de tan poético suceso.

La alegría representa á la Primavera por medio de unas golondrinas. No me parece mal, porque la Primavera es la estación de las flores, las alboradas y los pájaros; pero yo creo que mejor que la florida estación debían simbolizar una

virtud poco practicada por los hombres: la Constancia.

Pocas aves emigradoras tan constantes como éstas. El alero del tejado donde anidan constituye para ellas una propiedad que pasa de padres á hijos durante muchas generaciones. ¡Pobre de la que no regresa al nido paterno! De seguro que la certera bala de un cazador desalmado ha cortado traidoramente su existencia. A mediados de marzo, cuando la Primavera empieza á sonreír en las comarcas meridionales, las golondrinas abandonan sus cuarteles de invierno en busca de climas más benignos. Entonces se reúnen en bandadas en diferentes puntos del África y atraviesan el Mediterráneo en corto tiempo. Asombra la rapidez de su vuelo, que algunos naturalistas calculan en más de sesenta leguas por hora.

Puede decirse, sin temor de exagerar, que el vuelo es el estado natural de estas juguetonas avecillas, y el aire el elemento que más prefieren, porque satisfacen sus principales necesidades volando.

Cuando nuestros labradores las ven llegar en numerosas bandadas atronando el espacio con sus chillidos, las saludan alegremente diciendo:—Ya llega el buen tiempo.

Se comprende: porque, además de ser las precursoras de la más risueña de las estaciones, son las amigas y colaboradoras de los agricultores. En vez de destruir, como otras aves, los sembrados, los limpian de los insectos que los destruyen. ¿Cómo no quererlas?

Según Buffon, cuando las golondrinas no encuentran en un país los insectos que conviene á su alimentación, se marchan á otras comarcas menos frías, que les ofrecen abundante presa, sin la cual no pueden subsistir; pero lo general es que regresen siempre á sus comarcas predilectas.

Con su carácter dulce y tranquilo, estas inofensivas aves se hacen amar de los habitantes de las casas donde cuelgan sus nidos. Cuenta una leyenda meridional, que, enamorada una joven de una golondrina que había anidado en uno de los huecos de su ventana, se había familiarizado tanto con ella que le daba el alimento en la palma de la mano. Llegada la época de la emigración, la niña esperaba con tristeza la próxima partida de su buena amiguita.—¿Dónde pasará ésta el invierno?—se preguntaba la joven presa de curiosidad. De súbito una idea iluminó su cerebro. Cogió cariñosamente á la avecilla y le ató al cuello una cinta azul de la que pendía un diminuto papel con esta pregunta escrita en pequeños caracteres:

Dime, golondrina:
¿dónde está tu nido?

Después dejóla en libertad, no sin haber besado antes su piquito. Pasó el invierno. Con las perfumadas brisas primaverales regresaron las primeras golondrinas. La joven, al descorrer una mañana de abril la cortina de su ventana, lanzó un grito de júbilo. Sobre el alféizar de ésta, cantando alegremente, saltaba la inocente avecilla. ¡Qué alegría la de la niña! Acaricióla mimosamente con sus delicados dedos, y no sin sorpresa vió que conservaba puesta la cinta azul con que meses antes la engalanara. Pendiente de ésta había un diminuto papel con la siguiente respuesta:

En Jerusalén
en casa un judío.

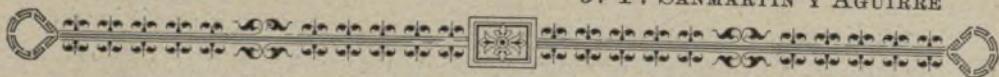
La curiosidad de la joven estaba satisfecha. Aquella juguetona golondrina, que durante los calurosos días de estío hallaba hospitalario albergue bajo



Niña parsi

un techo cristiano, colgaba su nido en invierno, huyendo de los crudos fríos de Europa, en los viejos muros de la confortable morada de un israelita, á muy pocos pasos del Sepulcro del Redentor.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



LOS NIÑOS DE LA INDIA

POR lo que yo he podido observar, parece que los niños de la India no viven tan alegremente como los que nacen en otros países. Diríase que desde sus primeros años miran las cosas de la vida con cierta solemnidad, y esto se debe en gran parte á la ignorancia y superstición de los padres, que éstos transmiten á sus hijos á una edad comparativamente temprana, con las ceremonias y misterios de su religión. En las fisonomías de esos niños hay cierta expresión seria que no es natural ni cuadra á sus pocos años, porque sería más propia en personas de edad ma-

dura; y, aunque se entreguen á los juegos de la infancia, sus diversiones participan en cierto modo de la gravedad, que parece ser una segunda naturaleza en esos niños. Juegan tristemente, y los accesos de alegría son raros á las horas de recreo. Diríase que esas criaturas son *viejas*.

La generalidad de los niños angloindios saben muy poco acerca de sus semejantes indígenas; pues aunque éstos abundan en sus *bungalows* ó cabañas, y se les ve correr alrededor



Niños

hindúes

de ellas, por lo regular casi desnudos, cuando no lo están del todo, apenas se

acercan los *sahibs*, como ellos llaman á los blancos, corren á esconderse cual si tuvieran vergüenza.

A veces me acuerdo de una buena mujer, madre de numerosa familia, que



Niñas hindúes yendo á arrojar las muñecas al Ganges

contaba con hijos de todas edades, desde la criatura que aun estaba en la cuna hasta el joven que trabajaba en el campo ó el jardín. Siempre que yo iba á la casa, encontraba niños por todas partes, algunos de ellos muy agraciados, con su cabello negro como el azabache, como no tuviesen la cabeza afeitada,

sus ojos del mismo color, y sus dientes muy blancos. Pero si sus rostros eran agraciados no sucedía lo mismo con sus formas, pues los niños indios pecan siempre de ser excesivamente gruesos ó delgados en demasía; de modo que en la estación de las frutas algunos parecen barriletes y presentan un aspecto en cierto modo ridículo.

Al decir esto refiérome á los niños indígenas pobres, y debo añadir que tienen una cualidad muy buena, de que deberían participar los de otros países: son naturalmente corteses, y cuando se pasa junto á ellos levántanse y saludan antes de ir á esconderse. Si se les dirige alguna palabra bondadosa, ó se les da unos confites ó pedacitos de cobre, que son la cosa más apreciable para ellos, pierden su cortedad y es fácil observarlos.

Bueno será decir algo sobre los niños indios desde sus primeros años.

En aquel país no se les faja, como es costumbre en Alemania, Inglaterra y otros puntos, y están sometidos á un procedimiento muy desagradable á nuestro modo de ver: fricciónanles con aceite todo el cuerpo, y les untan los párpados y la parte inferior de los ojos con hollín de resina, porque las mujeres creen que esto es bueno para aclarar la vista.

Los niños tienen generalmente cierta cantidad de cabello negro; pero á menudo, particularmente si el tiempo es muy caluroso, se les afeita del todo la cabeza para que la tengan fresca. A los muchachos, sin embargo, se les deja un mechón en el centro, y el cabello se mantiene unido con cera. En una casta, este *sagrado mechón*, según se ha dado en llamarle, no se corta nunca. Algunos padres hacen voto de no cortar el cabello á sus hijos hasta que cumplen los doce años, y así es que con frecuencia se les toma por niñas á causa de las largas trenzas que llevan. Cuando al fin se practica la operación, celébrase una gran fiesta, se hacen regalos á los *brahmines* (sacerdotes), se viste al chico con ropas nuevas y celébranse otras varias ceremonias.

Poco después de nacer un niño de padres acomodados, se llama al astrólogo para que haga el horóscopo. El hombre llega con sus diferentes instrumentos, los compases, las tablas estelares, el astrolabio, los pergaminos llenos de caracteres cabalísticos; y hace muchas preguntas. Después consulta ó pretende consultar las estrellas, y desarrolla el pergamino de su destino, describiendo los acontecimientos de la futura vida del chico. Los padres guardan como un tesoro este recuerdo profético cuando se produce un mal ó un bien para el chico. La gente pobre, que carece de recursos para pagar la visita del astrólogo, se contenta con apuntar el día en que la criatura nace.

La ceremonia de poner nombres al niño es también muy importante, y por lo regular se verifica cuando aquél cumple doce años. Generalmente se eligen los nombres de dioses ó de diosas, ó tal vez el de una flor. No deja de ser curioso que no se tome nunca el nombre del padre ó de la madre. La mujer es quien tiene el derecho de elección, pero á veces el marido escoge otro nombre. Entonces se decide la cuestión poniendo una lámpara sobre cada uno de los consortes, y aquel cuya lámpara alumbraba más tiempo es el que elige.

De las ropas del niño se encarga generalmente la abuela si aun vive. Aquellas suelen consistir en chaquetillas (*kurtas*) de hilo, con adornos de color brillante, escarlata ó amarillo, gorritos del mismo material, y una chaqueta de lana, también de vivos colores, para la estación fría. Esta ropa, sin embargo, no es sino para las fiestas, pues los demás días los chicos van casi desnudos.

A las niñas indias se las engalana con joyas poco después de nacer; es decir, con anillos, pendientes, collares, sortijas y otros dijes. Con frecuencia se roban los niños, y á veces se les asesina para despojarles de esos adornos.

Los niños mahometanos suelen llevar amuletos pendientes del cuello, que consisten en versículos del libro sagrado, el *Corán*, escritos en pequeños fragmentos de papel que se encierran en broches cuadrados de plata. También se usan garras y dientes de tigre, y á veces conchas ó monedas.

Los niños que han salido de la infancia son aficionados á tener animales, como sucede en Inglaterra. Entre los preferidos cuéntanse las palomas y loros, muy comunes en las casas indias, así como las perdices, las ardillas domés-



Juego de la «Pata»

ticas y los perros. (Véase el grabado, que representa á unos niños dando de comer á sus aves, mientras que otros se divierten con un burro.)

Los juguetes suelen ser de barro ó de madera, adornados con figuras de animales de vivos colores y de las más extrañas formas, como son caballos extravagantes, tigres rayados, elefantes y otros. Una muñeca sería para la niña india el regalo más precioso, sobre todo si tuviese los ojos azules y el cabello lacio, por el contraste que ofrecería con el suyo propio.

En cierta estación las niñas arrojan sus muñecas al agua: este es un curioso rito, en imitación de la costumbre que tienen los adultos de sepultar sus muertos en el Ganges, el río que se considera sagrado. Las muñecas pequeñas se hacen con arcilla, y después se pintan y visten; mas, aunque de pobre aspecto, son preciosas para las niñas.

En la fiesta llamada *del Dassivah*, sin embargo, las niñas se ponen su mejor ropa, dirígense al río más próximo y arrojan sus muñecas al agua. La fiesta dura nueve días, y al décimo los muchachos destruyen también sus juguetes. Por entonces se acostumbra igualmente coger calabazas para ahue-

carlas y poner luces dentro, como lo hacen los chinos en Inglaterra. Cuando las niñas han arrojado sus muñecas al río, ya no adquieren otras hasta tres meses después; pero, llegada la siguiente fiesta del *Dassivah*, hacen lo mismo.

Las cometas y el columpio son en ciertas estaciones del año las diversiones más favoritas, y los muchachos son también aficionados al juego de pelotas, que allí suelen tener grandes dimensiones.

La feria anual que se verifica para celebrar la vuelta de Rama es el gran día para los niños indígenas, y hasta los padres pobres ahorran algún dinero para regalar algo á sus hijos, vistiéndolos lo mejor que pueden para que tomen parte en la festivi-



Ballarinas

dad. Entonces parece cosa de rigor que todos tengan carritos pintados de rojo con molduras doradas, que á veces se colocan en el lomo de un elefante ó camello para dar un paseo. En estos días es costumbre también comprar juguetes de barro.

Los chicos tienen otros pasatiempos, y uno de ellos consiste en hacer figuras con barro imitando las formas de diversos objetos, sobre todo de las tum-

bas. Adornan su obra de flores y follaje, y algunos chicos despliegan en esto mucha habilidad. Esta es una diversión en cierto modo solemne, pero que está muy de acuerdo con el carácter y naturaleza de esos muchachos.

Ya hemos dicho que á los chicos les gusta el juego de la pelota, y añadiremos que también son muy aficionados al simulacro de los combates, como sucede en Alemania. El juego de la *Pata* (véase el grabado) nos parece algo peligroso, pues los chicos se sirven de espadas cortas de madera.

La vida escolar comienza para los niños á la edad de cinco ó seis años, pero muchos tienen maestro en casa, formándose una clase con los niños de la vecindad, de modo que á veces reúnen ocho ó diez. Siéntanse generalmente en el pórtico ó entrada de la casa, sobre una plataforma que se construye expresamente para esto. Al entrar se puede ver al maestro en una extremidad de la misma con una caña en la mano (véase el diagrama), y á los chicos en la otra, inclinados sus libros y balanceándose hacia atrás y hacia adelante á medida que leen. Las letras del alfabeto no se aprenden como en Europa, señalándolas en un libro y pronunciando sus nombres: los escolares las escriben primero en el suelo, en el polvo ó la arena, con sus dedos ó unos palitos. Cuando están más adelantados escriben en planchas de madera llamadas *takhtis* con cañas y tinta india ó con yeso.

Los muchachos indios tienen generalmente mucha disposición para la aritmética. Aprenden sus tablas muy bien, mas no pueden resistir el excesivo estudio de esta especie. Generalmente se usan pizarras para las sumas. En otro tiempo se daban hojas de palmera ó de plátano á los escolares para escribir y leer, ó planchas de hierro para el primero de estos ejercicios.

Las escuelas son de dos especies, llamadas *tols* y *patha-salas*. Estas últimas son para la enseñanza elemental (leer, escribir y aritmética) y dirígelas siempre un maestro de pueblo. Las primeras son de más elevada clase, y en ellas enséñase la gramática desde los siete á los doce años, y la lógica desde los



Tienda indigena

trece á los veintidós. Las dos escuelas no se relacionan en ningún modo, y los alumnos no pasan desde la inferior á la superior, como naturalmente debía suponerse.

De la enseñanza de las niñas encárgase una anciana que las hace aprender el *Corán* de memoria, y algunas veces el alfabeto arábigo. Por fortuna ahora se cambia semejante estado de cosas, y cada año se ofrecen más facilidades para la enseñanza, proporcionándose así oportunidad para que la instrucción se propague, pudiendo muchos dedicarse á la enseñanza de las mujeres indias y de los niños. Bastante se puede hacer así en favor de las misiones, y debe advertirse que son ya muchos los que se interesan por la juventud india.

Debemos decir algo sobre la alimentación de los niños de ese país y sus comidas. Las horas para esto varían según la estación del año y el tiempo en que las escuelas están abiertas. Si se ha de asistir á estas últimas de seis á diez, los chicos toman un pedazo de pan por la mañana antes de salir, y á la vuelta se les da el *dal* ó el *chapatis*. Lo primero es una especie de empanada, y lo segundo consiste en unas tortas de harina con agua y un poco de especias. Si los chicos son mahometanos se les da carne. A eso de las seis de la tarde hacen otra comida, y en los intervalos toman un refrigerio que consiste en frutas.

Los mahometanos comen en familia, es decir, padre, madre é hijos, sentándose todos alrededor del mantel, que se extiende, no en una mesa, como en Europa, sino en el suelo. Los indios de casta pura, por el contrario, comen separadamente, los padres primero y los hijos después, pero bajo la inspección de la madre.

Los que conocen poco la India tienen la idea de que los indígenas no son una raza limpia; pero esto es un error, porque generalmente se lavan con mucha más frecuencia que el pueblo de otros países. Así los mahometanos como los indios practican sus abluciones no solamente antes y después de comer (lo cual es absolutamente necesario, pues cogen los manjares con los dedos), sino también á otras varias horas del día. Yo tenía un criado llamado Seethal que se lavaba de continuo apenas le quedaba un momento libre, á menos de estar entregado á las dulzuras de su pipa.

Los indios son muy aficionados á la danza llamada *del Nautch*; pero no bailan ellos mismos, así como tampoco los mahometanos, prefiriendo que otros lo hagan (véase el grabado). La danza ejecutada por las jóvenes tiene un carácter particular en sus movimientos y posturas: los pies marcan el compás con la música, y la bailarina coloca su cuerpo en todas las actitudes posibles, moviendo al mismo tiempo los brazos. Estas danzas públicas son siempre decorosas. Las bailarinas suelen estar ajustadas para los templos y se les paga una escasa suma anual para que dancen delante de los ídolos. En Cachemira estas jóvenes son muy hermosas, llevan campanillas alrededor de la cintura y de los tobillos, y bailan más esmeradamente en ciertas ceremonias, como en las bodas ó fiestas notables.

En la India se efectúan los matrimonios á muy temprana edad: entre los indios los niños se casan á menudo á la edad de cinco ó seis años; pero los brahmines aplazan la celebración del matrimonio hasta que el chico, por la ceremonia de la investidura del cordón, la *poita*, según se llama, llega á ser individuo de la casta sagrada, acto muy importante en la vida del muchacho y que se verifica á la edad de los nueve años.

El casamiento de los brahmines se aplaza á menudo hasta la edad de quince ó diez y seis años; pero entonces la esposa no ha de tener más de

cuatro ó cinco. Las ceremonias relacionadas con la celebración del matrimonio son muy numerosas, los ritos ocupan largo tiempo; y no solamente se gastan considerables sumas en tales ocasiones, sino que se suele desplegar mucha pompa si se trata de familias ricas. Entre los indios se distinguen los *parsees*, ó *adoradores del fuego*, que rinden culto al sol. Son generalmente ricos y á menudo se ven algunos en Londres, donde llaman su atención por su atavío. Los hijos de los *parsees* (véase el diagrama) están bien educados, y así los varones como las hembras se distinguen por su inteligencia.

Todas las mujeres casadas de la India llevan en el cuello un pequeño adorno de oro llamado *takly*, el cual indica su estado social; y de este adorno se despojan con muchas formalidades si llegan á ser viudas. El anillo nasal, ó *nutt*, es otro de los atributos del matrimonio, y también se retira cuando la niña esposa queda viuda.

Estos casamientos infantiles son origen de mucha miseria en la India, y se ha trabajado mucho para ver si era posible evitarlos, introduciendo una restricción en la edad del matrimonio. El género de vida de las viudas niñas es sumamente mísero, pues muy á menudo ni siquiera han visto nunca el semblante del esposo por el cual visten luto. Deben abstenerse de todo, hasta de los más inocentes placeres; no comer sino trigo del más ordinario, usar ropas de las más burdas y privarse de toda clase de adornos, pues no se consiente á las viudas llevar joyas de ninguna especie.

Debe esperarse que con el tiempo el Gobierno hará alguna cosa para remediar estas tribulaciones de las niñas. Muchas malas prácticas, tales como la llamada *suttee*, que consiste en quemar á las viudas, cuando sus esposos mueren, en las piras funerarias levantadas para éstos, se han abolido ya; y sería muy apetecible que se suprimieran los matrimonios de niños, porque ocasionan muchas tribulaciones á los dos sexos, pero más particularmente á las hembras.

Como la luz propagada por los misioneros y la civilización cristiana va progresando entre las mujeres, debe confiarse en que esa costumbre, hija de las supersticiones de casta, se extinguirá poco á poco; y entonces, no preocupados ya por las enojosas ocupaciones de la vida en una edad en que el juego y las diversiones deben ser el único patrimonio de esas criaturas, podremos ver que los niños indios son tan felices como en otros países.

LORENZO EL PEREZOSO

(NOVELA INGLESA)

En el bonito valle de Ashton vivía una pobre mujer á quien llamaban la viuda Preston. Habitaba en una cabaña pequeña, pero muy aseada, y tenía una huerta en la cual el ojo más ejercitado no habría podido encontrar una sola hebra de planta silvestre. Esta huerta, compuesta de parterres plantados de fresas y de un pequeño arriate de flores, debía con su producto bastar á todas sus necesidades. Formaba con sus claveles y sus rosas encantadores ramilletes, que iba á vender á Clifton ó á Bristol. En cuanto á las frutas, no tenía necesidad de llevarlas al mercado, pues los vecinos de la villa habían tomado la costumbre, en verano, de ir á comer fresas y requesones en las huertas de Ashton.

La viuda Preston era tan servicial, tan activa, de tan jovial humor, que

todos los que la conocían quedaban encantados. Así vivió durante muchos años; pero ¡ay! un otoño cayó enferma y llegaron á la vez todas las desgracias: la huerta quedó descuidada, su vaca murió, y todo el dinero que había economizado debió emplearse en pagar medicinas. Pasó el invierno, sin embargo; pero hallábase tan débil que no pudo procurarse por su trabajo sino



Juegos de los niños hindúes

muy insuficientes recursos. Cuando llegó el verano, el propietario vino á reclamarle el precio del arrendamiento, suma que no había entrado en su bolsillo tan fácilmente como de costumbre. Vióse obligada á pedir prórroga por un mes, que le fué concedida, y cuando hubieron trascurrido los treinta días no tuvo más recurso para pagar que vender su caballo *Pie ligero*.

Pie ligero había visto mejores días. Era un viejo amigo de la alquería. En su juventud había llevado al mercado al señor y á la señora Preston, y ahora conducía á Juan, su hijo. Juan tenía á su cargo el sostenerla y cuidarla, lo que hacía puntualmente; porque era un muchacho que reunía á su grande inteligencia un excelente natural.

—Eso va á desazonarle de una manera terrible,—decíase la viuda una noche que andaba ocupada en atizar las brasas de su fuego, buscando la manera de llevar la conversación á un asunto que su hijo estaba muy lejos de esperar.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinar: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA